

«NOSCE TE IPSUM.»

II.

No historiamos la vida de la humanidad; no meditamos sus hechos con el frío cálculo del filósofo; sería lo primero pretension vana y no hay en nosotros tampoco valor bastante para entregarnos á las frías cavilaciones de la razón, matando el sentimiento, tratándose de los esfuerzos humanos, del trabajo y sufrimiento del hombre, en el desenvolvimiento de su ser para la realización de su ideal.

Solo así se esplica cómo hemos pasado tan rápidamente sobre el Oriente y sobre Grecia, y cómo, sin orden apenas, hemos apuntado algunos hechos, que fosforecen en la putrefacción de esos dos grandes cadáveres, que maldicen y conjuran todavía los espíritus ligeros, pero que respetan los hombres reflexivos y de buena voluntad.

Digámos que Grecia, en contraposición de los pueblos de Oriente, que en sus mares, en sus montañas, en sus tempestades veían y adoraban lo *infinito*, humanizó lo divino é hizo para siempre la parte de lo finito. Pero sus trabajos de artista fueron vanos para modelar el templo de todas las religiones y su filosofía impotente para formular el derecho de todos los pueblos; y cuando sintió las amarguras de la muerte, embarcó en sus triremes su arte y su ciencia y las llevó á todas las playas del mediterráneo. En vano Alejandro, el heredero de aquella grande alma, se esfuerza en formar una unidad poderosa, celebrando día y noche en su lecho ó en los campos de batalla las bodas de los dos continentes: él también murió en la locura de la voluptuosidad, como mueren las civilizaciones de la belleza sensual.

El espíritu de Grecia encarnó principalmente en unos refugiados

en la península de Italia, que por natural agradecimiento dieron hospitalidad, sin distinción, á todos los hombres. Todas las grandezas de los pueblos del Asia estaban allí engarzadas, en su corona de infinitas montañas, en el ardiente penacho de sus volcanes y, sobre todo, en el espíritu de aquellos ciclopes; toda la diversidad y armonías de Grecia podían allí contemplarse en sus valles de eterna primavera, en sus dos mares que le separan de Oriente y Occidente, en su clima y en su cielo. Pero aquellos hombres, que presentían su destino en la humanidad, acumulando en el crisol de sus volcanes las ideas civilizadoras, que con tanto trabajo conquistó el hombre, obtuvieron el gran principio de unidad, que Tito Livio pone en boca de Tullo Hostilio: *Unam urbem, unam rempublicam facere*. Roma pensó hacer del mundo una sola nación, y sus playas estuvieron abiertas para todos los desvalidos, que encontraron en ella un asilo generoso y una patria.

La agitación, que sienten las razas de los pueblos vecinos, luchando con los nuevos habitantes del Palatino, es como los primeros latidos del corazón de aquel pueblo que ha de llenar el mundo; bien pronto aquellas ciudades, sometidas al golpe de su lanza, participaron de su destino; la victoria fué en todas partes el premio de su sangre derramada.

El Oriente, al extender su espíritu divino, confunde al hombre con la naturaleza: Roma le arranca de aquel abrazo gigante, para restituirle su personalidad, su libertad de acción. Por eso se extiende por todos los horizontes, reflejando en Sicilia, en Asia, en Grecia, en España, en la Germania, en Bretaña y en las Galias su organismo político, y vive en el nombre de sus instituciones, y por eso las naciones aceptaban un puesto de más ó menos distinción en aquella ciudad, que reconocía en todos los hombres un mismo derecho, al acercarlos á la sagrada familia de los sabinos.

Verdad es que las reformas de aquel pueblo dictador cuestan mucha sangre á la plebe; que el derecho romano dicta leyes crueles en lo que á la propiedad respecta, gravando con una cantidad insignificante lo concerniente á la persona. Es indisputable que los patricios merman á cada paso los derechos de los latinos y de las ciudades libres ó tributarias; pero sobre todos esos defectos humanos, que son siempre el urdimbre de la vida y que deben apreciarse en el conocimiento de sí mismo, aparece el poderoso génio del mundo romano, exclamando: *Homo sum et nihil humani á me alienum puto*, y un apóstol del Cristianismo que dice á nombre de ese mismo derecho: *Cives romanus sum*.

Si el conocimiento de sí mismo tanto al hombre interesa, preciso es despreocuparse y meditar reflexivamente sobre las ruinas del mundo antiguo, á fin de formar justa y recta conciencia del ideal de la vida. Juzgar las instituciones por los defectos de los hombres; apreciar la historia de un pueblo ó de la humanidad

entera solo por sus crímenes ó por sus miserias, hecho es bastante frecuente, pero no por eso menos irreflexivo y lamentable para los espíritus pensadores y justos.

Apenase el alma contemplando las crueldades y venganzas de Cornelio Sila, incomparables á todas las discordias civiles y persecuciones religiosas. Él arrancó al pueblo la aprobación de las leyes, devolviéndola al senado; él quitó á la Italia el derecho de ciudad; asesinó cruel é inhumanamente á una generacion entera. Mas á pesar de todo, él concedió la libertad á diez mil esclavos; restableció, siquiera sea, el órden material; libró de la muerte á Cesar, y, sobre todo, la unidad humana continuó su camino.

Avergüenza el recuerdo siquiera de aquella caterva de emperadores, herederos de los Flavios y de los Antoninos. Ellos, olvidando la dignidad humana tienen entrañas para crueldades inauditas: ellos, ébrios de soberbia, se llaman hijos de los Dioses y santifican los más horrendos crímenes. Hasta las deidades más torpes del paganismo huyen de su presencia y se encierran en el Panteon; pero ellos son tambien los que llevan con sus ejércitos romanos la idea civilizadora, que ha vivificado el espíritu de los pueblos de Italia, que hace sentarse en la silla del imperio á los bárbaros (1) y que proclama la igualdad humana.

Roma tenia el instinto de su mision y trabajaba constantemente para absorber el mundo entero, preparandole así al advenimiento de una idea grande, perdida todavia en las márgenes del Cedron. Ella copió la religion, la ciencia, el arte del mundo antiguo, para enseñarlos á las demás naciones, y se valió de su inteligencia para instruirlos. Concilió los conocimientos de los filósofos griegos, tomando de unos la moral y la física, de otros la ontología y el método. Acumuló en su Eneida las dos epopeyas, la Iliada y la Odisea. Reunió en sus edificios todos los órdenes arquitectónicos. Animó la pintura y ensanchó sus conocimientos; absorbió, en fin, la vida de las pasadas generaciones, y engrandeciéndola con el calor de su ser, la mandó desde el Capitolio, su templo al corazon y á la mente de todos los pueblos.

Las demás naciones forman códigos particulares: Roma los estudia todos y compone su *Derecho natural*, es decir, un dogma universal de derecho; así constituía la unidad de naturaleza, la unidad de razon. Los plebeyos participaron del poder; el pretor pudo interpretar la ley. La muger tuvo derecho á su tutela y ser tutora de sus hijos; pudo escapar poco á poco del despotismo de las antiguas leyes; pudo instruirse, ser esposa, ser matrona; engendrar á los Gracos y á Caton, dar la vida á Cesar. Ya podía la Verdad venir á encarnar á la tierra; la muger reconocía su naturaleza y estaba preparada.

(1) Extrangeros: así les llamaban los romanos.

El esclavo, ese compañero de la muger en sus miserias y servidumbre, ese pobre ser destituido de razon por los dioses en Grecia, sin más justicia que el tormento, sin otro porvenir que el dolor, puede entrar en la vida libre con su peculio, y adquirir por él la independenciam y la libertad; y poco á poco, como se hacen en toda la vida las reformas provechosas para la humanidad, negó la legislacion romana al señor el derecho de vida y muerte sobre ese desgraciado, que podía ya obtener todos los empleos y honores y conquistar el distinguido nombre de ciudadano romano. Tambien comenzó a conocer el esclavo la identidad de su naturaleza con la del patricio.

De esta manera recibiendo Roma dentro de sus murallas todas las antiguas ideas y los emigrados de todos los pueblos; presintiendo su providencial mision en la vida, fundó primero una gran ciudad, para constituir despues una gran república. Trajo á sus plazas un puñado de tierra de todos los pueblos y á su Panteon todos los dioses conocidos, proclamando así la unidad humana en el tiempo y en la eternidad.

Las castas, pues, en principio, han desaparecido; las groseras y torpes divinidades del paganismo agonizan: está hecha la unidad material: la tierra va á oír bien pronto los primeros vagidos del regenerador de la conciencia moral. ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

(Se continuará)

F. MIRAS.

A AMPARO ⁽¹⁾

De tu hermosura y tu talle
 Hablarte no puedo, Amparo,
 Ni en tu casa ni en la calle;
 Y así es preciso que calle,
 Aunque me guste hablar claro.

Si publico que tus ojos
 Al mundo todo embellecen,
 Que tus cabellos son rojos,
 Y tus niñas resplandecen,
 Te voy á causar enojos.

(1) Esta poesía, dedicada á una jóven aficionada á las representaciones dramáticas, fué leída por su autor en la última sesion científico-literaria del Ateneo.

Si digo que eres graciosa,
 Que tu lábio es de rubí,
 Que tu megilla es de rosa,
 Es muy vulgar; otra cosa
 Conservo yo para tí.

Y es elogiar tu singular talento,
 Tu aptitud en la escena,
 Tu tranquilo y pausado movimiento,
 Si de un alma serena
 Representas el tierno sentimiento.

Si la escena varia
 Y en celos trueca su apacible calma,
 Arde tu sangre fría;
 La actriz, ya no es mujer, es una arpía,
 Furia es su corazón, fiebre su alma.

Y con su voz convulsa, crepitante,
 El cabello en desorden esparcido,
 El paso vacilante
 Y con el rostro pálido y fruncido,
 Al auditorio su terror imprime,
 Y esterterosa en el proscenio gime.

Ya tratas de fingirte una aldeana,
 La pastora del valle,
 Y envuelta en el albor de la mañana
 Luces su airoso talle;
 Tus miradas, tus gestos, tus acciones,
 Son presa de amorosos corazones.

Si te presta Melpómene su manto,
 Tu corazón suspira;
 Y tus ojos derraman triste llanto;
 Y aflige al que te mira,
 Creyendo que es verdad, lo que es mentira;
 Tu angustia, tu dolor y tu quebranto.

Ya intentas del amor hacer un juego,
 Ya incauto joven á tus pies sujetas;
 Vuelves su alma de fuego,
 Y con frases ambiguas y discretas
 La libertad le robas y el sosiego.

Si un viejo impertinente
 Osa fijar su vista en tu hermosura,
 Tu corazon ardiente
 Le finge una ternura,
 Que se rinde á tus plantas obediente.

Y aquella edad cansada,
 Viene á ser el ridiculo juguete
 De tu falsa mirada,
 Que cautelosamente enamorada
 Se burla del impúdico vejete.

Si tu númen escénico no escaso
 Rinde culto á Melpómene y Talia,
 Con dulce melodía
 Cantarás en la cumbre del Parnaso
 Himnos al Drama, gloria á la Poesía.

J. M. LOPEZ.

VIDA Y ESCRITOS

DEL R. P. FEIJÓO. ⁽¹⁾

Hechas estas breves consideraciones, pasemos desde luego á reseñar, aunque á grandes pinceladas, los principales impugnadores del sabio benedictino, y las obras que al intento publicaron, prescindiendo del mérito literario de las mismas, por ser este, en nuestro sentir, más propio de un juicio crítico que de una biografía.

En efecto, el primero de los más fuertes campeones, que apareció en la arena para combatir el *Teatro crítico universal*, fué D. Salvador José Mañer, dando á luz los tres tomos de su obra titulada *Antitcatro crítico*; quien, á pesar de haberse presentado durante esta contienda crítico-literaria, como el más acérrimo é implacable enemigo del P. Feijóo, llegó á ser, sin embargo, lue-

(1) Véase el número anterior.

go que aquello hubo concluido, uno de sus más entusiastas admiradores. Viene despues el P. Fr. Francisco Soto Marne, lector de Teología en el convento de observantes de Ciudad-Rodrigo, religioso de la órden Franciscana y cronista general de la misma, que publicó tambien contra el *Teatro* sus *Reflexiones crítico-apologéticas*, defendiendo en ellas, además de otras cosas y personas, el milagro de las flores de S. Luis del Monte y el sistema ó método de enseñanza de Raimundo Lulio, negado aquél y combatido éste por el P. Feijóo en su obra titulada *Justa repulsa de inicuas acusaciones*; presentandose tambien como defensores de dicho sistema Fr. Bartolomé Fornés, religioso observante de la referida órden, y el Dr. Fr. Ant.º Pascual, monje de S. Bernardo y catedrático de Filosofía y Teología luliana en Palma; el primero en su *Liber apologeticus artis magnæ beati Raimundi Lulii*, en un tomo en cuarto, dado á luz en Salamanca, y el segundo en su *Examen de la crisis del P. Feijóo sobre el arte lulliana*, y por último, el mismo Dr. Martinez, su mejor amigo, y otros muchos que, en escritos más ó menos largos, pero no tan importantes, combatieron el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*, como pueden ver nuestros lectores en la *Serie Cronológica*, que insertaremos al final de esta biografía.

Pero, si bien es cierto que tuvo muchos impugnadores, no le faltaron, en cambio, algunos apologistas de gran talla literaria; descollando entre ellos su mencionado discípulo el R. P. Fr. Martin Sarmiento, que publicó su obra titulada *Demostracion crítico-apologética* en defensa de los cuatro primeros tomos del *Teatro crítico* y de la *Ilustracion apologética*, produccion esta última que su inolvidable maestro dió á luz, para contestar al *Antiteatro* del Sr. Mañer, antes citado, el cual publicó despues su *Crisol crítico, teológico, histórico, político, físico y matemático*, en contestacion á la *Demostracion crítica* del referido P. Sarmiento; terciando tambien en esta polémica D. Ignacio Arnesto y Osorio con la publicacion de su *Teatro anticrítico universal*, en que se presenta como árbitro, juez en los puntos controvertidos por el Sr. Mañer, con los reverendos padres Feijóo y Sarmiento, arriba indicados; no debiendo, en fin, pasar en silencio al sapientísimo P. Isla, de la Compañía de Jesús, que, con su vasta erudicion y delicada sátira, dejó muy mal parados á los adversarios más poderosos del célebre monje benedictino. Pero nos es preciso confesar, aunque con dolor, que ni sus apologistas ni sus impugnadores esgrimieron en la pelea las armas de la nobleza y de la imparcialidad, propias de todo palenque literario; oigamos, sinó al mismo P. Sarmiento, el cual se explica de este modo, en una de sus cartas:

«Ojalá pudiese excusar darle noticia de la bárbara é inicua oposicion que contra ella (la obra del *Teatro crítico*) se inventó en-

tre los idiotas verdaderos ó afectados. Si dijere que los papelonés anónimos y pseudónimos que abortó la mordacidad y la ignorancia para deprimirla pasaron de ciento, no diré mucho..... Por la misma primavera de 1729 se encuadernaron algunas de aquellos papelonés..... solo eran un farrago de borrones con pergamino..... Por el Agosto de 1731 se aparecieron, como fantasmas, dos mamotretos rollizos, que ni querían parecer folletos, ni les permitía que usurpasen el nombre de libros. No eran otra cosa que una repetición del primer farrago de borrones..... Cónstame que el P. M. Feijóo ni ha leído, ni ha visto aquellos dos rollos de estrazones.»

Es de lamentar que escritores tan estimables empleasen un lenguaje como el que se advierte en el párrafo anterior, el cual no es ciertamente el más apropiado para impugnar asuntos relativos á la ciencia ó la literatura; pero, sin embargo, ¿qué consideraciones merece un hombre tan supersticioso como Mañer, que defendía ardientemente la existencia de los duendes y del basilisco, afirmando que este animal mataba con la vista, en todo lo cual creía firmemente, no solo antes, sino aun después de combatidas por el P. Feijóo estas y otras muchas preocupaciones? Por otra parte ¿qué juicio podemos formar acerca del gusto artístico de tal escritor, cuando al ocuparse de la música de los templos dice de sí mismo que *le gustaba más oír tocar un tambor que el canto del ruiseñor?* ¿Y que diremos del P. Soto Marnel? En él no vemos sino un fraile presuntuoso y vengativo, que, llevado de la ira, llegó á lanzar contra el mismo Feijóo un gran cúmulo de oprobios y desatinos, para defender algunos sugetos y objetos de la orden Franciscana, que él creía ultrajados, llegando su parcialidad y destemplada censura contra el *Teatro crítico* á tal extremo, que el rey Fernando VI tuvo que expedir una R. O., comunicada al Consejo de Castilla en 23 de Junio de 1750, que textualmente dice así: «Quiere S. Magestad que tenga presente el Consejo que, cuando el P. M. Feijóo ha merecido á S. Magestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva á impugnarlos, y mucho ménos que por su Consejo se permita imprimirlos.»

No fué del agrado de muchas personas la precitada R. Orden; pero este sabio Monarca, llamado por un autor contemporáneo el *Marco Aurelio español*, que no anhelaba otra cosa sino el bien de su gobierno y el de la sociedad española, comprendió que este y no otro era el único medio de imponer silencio á una controversia que iba tomando ciertos visos de partido y que, si se prolongaba, podría muy bien acarrear fatales consecuencias al dogma, á la política y tal vez al trono mismo: y he aquí, segun nuestra opinion, por qué Fernando VI hizo uso en tales circunstancias de su regia autoridad.

Antes de pasar à otro asunto, debemos hacer aquí especial mención del erudito médico y profundo filósofo, D. Martín Martínez, ya citado, porque no solo aventajó en doctrina à los demás competidores, sino que tambien sobresalió entre todos, por la imparcialidad, moderación y nobleza con que se condujo en tan lamentable contienda. Pero entre las numerosas y furibundas impugnaciones de que fueron objeto las obras del R. P. Feijóo, ninguna lo fué tanto, ni tan funesta, por de pronto, para él, como la que experimentó con motivo de haber negado, como ántes dijimos, el milagro de las flores de S. Luis; lo que si se hubiera atrevido à hacer un siglo antes, tal vez por ello hubiera tenido que lamentar la desgracia de ser llevado al tribunal del Santo oficio, para no volver à escribir más en toda su vida; pero por fortuna tuvo lugar este acontecimiento en el año 1743, época en que aquella institución estaba ya un tanto reprimida, merced à la perspicacia y relevantes dotes de gobierno del magnánimo rey Fernando VI: acontecimiento que el mismo Feijóo, para vindicarse, nos refiere muy extensamente, al final del segundo tomo de sus *Cartas eruditas*, y que no debemos omitir, por ser, à no dudarlo, uno de los más interesantes de su vida; extractando aquí por consiguiente, lo que acerca de él creemos más importante y digno de mención.

En efecto, en el principado de Asturias, término municipal da Cangas, y à tres leguas de esta villa, habia una ermita dedicada à S. Luis, obispo de Tolosa, hijo insigne de la religion seráfica, cuya fiesta se celebraba todos los años el dia 19 de Agosto, concurriendo, para celebrarla, gran número de gente de los pueblos comarcanos. Era muy comun entre aquellos pacíficos habitantes desde tiempo inmemorial, la creencia de que en este dia se verificaba todos los años, sin interrupcion alguna, el prodigio de la producción milagrosa de ciertas flores dentro de aquella ermita, fundandose para tenerla por milagrosa el creerla *instantánea y propia exclusivamente de aquel dia y de aquel sitio*. Pero eran varias las opiniones, aun en el mismo país, en cuanto al tiempo en que tenia lugar la aparición de las indicadas flores; diciendo unos que estas aparecían no solo el dia de la fiesta, sino tambien el anterior; otros, que solo el dia de la fiesta y no la víspera; otros, que solo desde que se celebraba la primera misa hasta la última inclusive y otros, en fin, que solamente al celebrarse la misa cantada; siendo de esta última opinion los historiadores de la orden franciscana.

(Se continuará)

TOMÁS PERIAGO.

SU ULTIMA MIRADA.

“--Los que duermen allí no tienen frío...”

CAMPOAMOR.

La recuerdo, Dios mío: ¡quien pudiera
 No sentir el dolor de recordarla!
 Pero pasan las horas y los días,
 Con los días las noches tan calladas,
 Con las calladas noches mis suspiros,
 Con mis suspiros mis continuas ansias;
 Y ese tiempo, que vuela presuroso,
 Llevandose ilusiones y esperanzas:
 Ese tiempo, que todo lo destruye,
 Que todo lo sepulta y anonada,
 No ha podido arrancar de mi memoria,
 Ni borrar de los pliegues de mi alma,
 La profunda impresion, el ¡ay! de muerte,
 Que me ha dejado su postrer mirada.

¡Qué presente la tengo! No es ensueño,
 Que forja mi cabeza acalorada:
 No es la mentida sombra, que demente
 El pensamiento en sus delirios fragua.
 ¡Cómo ha de ser ensueño, si me hieres!
 ¡Cómo ha de ser delirio, si me mata!
 No es mentira, nó, nó; si fueran dichas,
 Entonces de seguro me engañára;
 Pero siendo tristezas, amarguras,
 Las conozco muy bien y no me engañan.

¡Qué presente la tengo!—Era una noche:
 Todo tranquilo reposaba en calma;
 Ni el más leve rumor interrumpía
 El silencio imponente de su estancia.
 En ella penetré: templé mis pasos,
 Porque no hiciesen ruido mis pisadas;
 Era que precavido no quería,
 Si estuviese dormida, despertarla.
 Andando de puntillas y muy quedo

Me acerqué hasta los bordes de su cama:
Me detuve un momento, y à mis solas
¡Con qué pena me puse à contemplarla!

Del lecho incorporada suavemente,
Ligera, reclinandose en la almohada,
Con la cabeza sobre el pecho hundida,
El cabello flotando por la espalda,
Las manos cariñosas sosteniendo
Los correctos perfiles de su cara,
Más que un humano ser me parecía
En aquella actitud triste y callada,
La azucena que dobla su corola
Al soplo de los frios y la escarcha.

—¿Duermes? la dije,—y levantando ella
Las negras sedosísimas pestañas,
Donde las sombras de la noche toman
El misterioso encanto de sus galas,
Para fijar los poderosos ojos
En el que de ese modo interrogaba,
—¡Ah!—repuso;—¿eres tú? ¡qué distraída,
Pues no me apercibí de tu llegada!
—¿Con qué dormías?

—Dormir... ¡qué disparate!
No cierne el sueño sobre mí sus alas,
Porque sin duda alguna le incomoda
Esta tos tan continua y tan pesada.
Y dejando escapar un prolongado
Suspiro desde el fondo de su alma,
Exclamó:

—¡Cuánto diera por quitarme
Esta cosa que tengo en la garganta...!
Guardó silencio; se quedó un momento
Esperando que yo la contestara,
Y viendo que mis labios proseguían,
Sin prorrumpir en la menor palabra,
—Está visto,—añadió;—de que me cure
Tú tambien has perdido la esperanza.—

Y volvió à suspirar más tristemente
Aun de lo que antes suspirára,
Y un golpe de tos ronco, duro y seco,
Crucificó la voz en su garganta.
Continuar quiso hablando: ¡empeño inútil!
El aire à sus pulmones le faltaba;

Hizo un esfuerzo colosal, horrible,
 Abrió la boca, respirò con ánsia
 Y queriendo decirme con los ojos
 Lo que le era imposible de palabra,
 Fija, muy fija, se quedó mirándome,
 Sepultando su vista en mis entrañas,
 Como sepulta el sol su último rayo
 En la frente de la áspera montaña.

Han pasado las horas y los días,
 Con los días las noches tan calladas,
 Con las calladas noches mis suspiros,
 Con mis suspiros mis continuas ánsias.
 ¿Qué me quiso decir, que no me dijo?
 ¿Qué me quiso contar, que no contara?
 Lo presumo, lo sé; pero lo callo:
 Lo que dicen los muertos no se habla.

FIDELIO.

LOS VAGOS.

Es una desgracia tener amigos: si son buenos, ó de puro complacientes nos dejan seguir nuestros extravíos por no disgustarnos, ó de puro exigentes nos abrumen á contrariedades, concluyendo con quitarnos la libertad y pensar por nosotros. Pues no digo si los amigos son malos: conocen nuestros defectos y los publican ponderándolos; se enteran de nuestras debilidades y miserias para contarlas á todo el mundo con las añadiduras correspondientes y, por último, si tenemos mujer bonita—¡Dios nos libre!—..... pero basta, que me voy á terreno resvaladizo. Repito que es mala cosa tener amigos y en prueba de ello, héme aquí puesto en un potro por que á uno que lo es mio, al jóven Director del Ateneo, se le ha puesto en la cabeza sólo por su gusto y por que sí, que yo escriba un artículo de costumbres. ¡Ahí es nada, escribir de costumbres! ¡Bonitas están para sacarlas á relucir! A fé que con ellas pondríamos delante de nuestros hijos un espejo excelente! Y no hay remedio, es preciso dar gusto al amigo, pues al fin y al cabo, más hace él dispensándome la honra de pedir un par de cuartillas para esta revista, que yo man-

dandoselas. Con que, fuera miedo, y á buscar un asunto de fácil desempeño: me ocuparé..... de *Los Vagos*; rico manantial, campo abundantísimo, de donde con poco trabajo puede obtenerse algun producto: que como soy mal segador, necesito abundante mies para recoger algunas espigas.

La palabra vago tiene varias acepciones: significa el hombre que anda errante sin morada fija; y en efecto el vago, si alguna vez tiene casa, vive ménos en ella que en las ajenas; significa tambien indeterminado, para dar á entender que el hombre vago no se sabe á qué clase pertenece; tiene además aquella palabra la acepcion de inquieto, inconstante, ligero, como queriendo dar á entender que el vago, á pesar de su holgazanería é inutilidad, ni está parado, ni se fija en nada, aunque lo danza todo.

Si yo pudiera seguir las huellas de nuestro célebre Larra, tomaria ejemplo de *Los Calaveras* y explicaria las diversas clases, especies y variedades de vagos, que son harto numerosas; pero mi insuficiencia me contiene dentro de límites más reducidos y me contentaré con examinar tal ó cual tipo que á la mano se me ofrezca entre los muchos, muchísimos, que hacen la felicidad de nuestra bendita España

El primero que se me presenta es Demetrio, jóven de figura bastante simpática, de modales elegantes y con el levita tan bien puesto, como puede llevarlo el más estirado. Levántase á las once, arregla esmeradamente su *toilette* y lánzase á la calle con valentía. No hay casa de buen tono que no visite, noticia que ignore, acontecimiento que no sepa, forastero á quien no conozca; no se establece tienda nueva que no examine antes que todos, no hay moda que no describa, tertulia que no frecuente, ni noviage de cuyos pormenores deje de estar enterado; asiste á todos los paseos, no falta á ninguna funcion, sobre todo si es de teatro: en fin, por donde quiera que se le mire es un mozo completo..... es decir, completo hasta cierto punto, pues tiene el pequeño defecto de ser un tanto ignorante: es verdad que ha cursado la segunda enseñanza y aun algun año de facultad; pero como nunca pensó en el estudio seriamente, abandonó las cátedras sin haber mirado los libros ni escuchado las esplicaciones de los cátedráticos, quedando por consiguiente en una deliciosa ignorancia: yo supongo que con ella causará el encanto de sus padres, los cuales, á no dudar, estarán orgullosos por haber cogido un fruto digno de la semilla que sembraron. Por que debo hacer constar que á Demetrio se le ha criado, desde que nació, con un cariño...?... extraordinario: su mamá, que se estaba mirando en él, no quiso enviarle á la escuela hasta los ocho años y esto encargando previamente al maestro que no le riñese jamás. Salió de la escuela en la disposicion que puede figurarse cualquiera y como no sabia leer bien y por lo tanto no podia entender los libros, cobróle horror al estudio, empleando en pasear y hacer visitas

el tiempo que debiera emplear en aquel. Los resultados han sido los que naturalmente debian ser; Demetrio parece á primera vista un mozo inútil, pero es elegante sin igual: habrá quien le llame vago; pero hace una cortesía con más gracia que todos juntos y sabe además cuanto pasa en la población.

Al dejar á Demetrio veo pasar unos cuantos que se le parecen, aunque no son todos tan inofensivos como él, ni tienen sus buenas formas sociales, ni su inocencia de costumbres; mas renunció á describirlos, no sea que alguno se dé por aludido y me mande padrinos, hoy que son aquí los duelos el obligado resumen de todas las cuestiones.

He de mencionar no obstante á D. Anacleto, solteron de unos cincuenta inviernos que permanece en el honesto estado por ahorrarse trabajo, cuidados y molestias consiguientes al matrimonio. Perteneció al ejército todo el tiempo que duraron sus estudios en el colegio de infantería, retirandose al cabo á descansar de sus campañas con el grado de alférez y goce de fuero militar. Hijo de una rica familia, heredó, al morir sus padres, pingüe caudal que administra *esmeradamente*... por medio de un mayordomo á quien jamás pide cuentas. Sus ocupaciones son comer, dormir, pasear y descansar: lee alguno que otro periódico y promueve discusiones en el café con objeto de distraerse. Tiene además el trabajo de cuidar tres hermosas gatas, verdaderos niños mimados de la casa.

Pasa despues por mi lado Agustin, ex-jóven de lo que se llama buen tono y que viste con elegante *negligé*: se espresa mal, pero con facilidad y, sobre todo, con abundancia de interjecciones poco á propósito para ser esplicadas en un tratado de gramática. Sus ocupaciones son las más inocentes: el café, el billar, el tapete verde, alguno que otro almuerzo á las tres de la mañana y algunas honestas veladas con señoras que no son viudas, casadas ni doncellas. Respecto á instruccion, su lado fuerte es la historia: preguntadle por la de cualquier cómico y seguramente os la dirá de corrido. Conoce á todas las boleras y suripantas, dice cuál es la más bonita, cuál otra la más liviana; refiere el lance de una con fulano, el percance de otra con mengano; en fin, en ese asunto es un tesoro de instruccion. Es verdad que no tiene otra, pero tampoco es suya la culpa: entregado, al nacer, á una nodriza, al esclusivo cargo de ella estuvo los dos primeros años: pasados estos, como necesitaba ya menos cuidados y como, por otra parte, la mamá estaba siempre con la jaqueca, en visita ó de paseo, bastaba con que la cocinera diese al niño de comer lo que pidiera y á la hora que fuese su gusto. Enviaronle despues á la escuela, más como Agustinito, en poder siempre de criados, tenia costumbre de hacer su soberana voluntad, asistía tres ó cuatro dias en el mes á la clase, yendo los demás un rato

al billar y despues al casino á ver á papá: allí se entretenia largos ratos en ver jugar al dominó, al trevillo y á otros juegos de menos recreo, pero de más emociones. ¿Qué podía resultar de tales precedentes sino el Agustín de hoy, que se levanta al medio dia, almuerza solo, come cuando quiere y se recoge cuando le da la gana? Su padre conoce al fin el daño y quisiera remediarlo, mas es ya tarde. ¡Justo castigo de su pasado abandono!

Semejante al anterior es Luciano, aunque sus maneras son menos cultas; lo cual no es extraño, pues aficionado desde niño á la caza, emplea en ella todo el tiempo que pasa separado de su querido amigo Agustín.

¿Vés á ese jóven de rostro demacrado y aspecto macilento, bien vestido, aunque con cierto desaliño? Es hijo de un rico propietario. Al ver esa amarillez, esas ojeras, esa erupcion general de la piel y ese andar cauteloso y pausado, quizá seas tan suspicaz que juzgues su estado hijo de los vicios, más te equivocas de medio á medio. Estoy bien enterado por su mamá de que es un joven inocente y candoroso como un niño, y cuando su mamá lo dice, ya véis si lo sabrá. Lo que es que, como el pobrecito no tiene en que ocuparse, está siempre paseando para no aburrirse y una noche, sin duda por el frio, ó por otras causas, que no se han podido averiguar, contrajo una enfermedad, que se le ha hecho crónica y tan difícil de curar, que ni el mismo Mercurio, con ser el dios de la Medicina, tendría poder bastante para devolverle la salud. Preguntarás acaso porque no se ocupa en algo; pues es muy sencillo: porque para nada sirve. Desde la niñez dió en padecer cierto mal tan raro, que siempre le acometia, cuando le reñia por cualquier travesura su papá, ó se empeñaba en hacerle ir á la escuela y él no queria. El papá pensó muchas veces que el mal era una ficcion y quiso castigarle; mas la mamá, como se trataba del «hijo de sus entrañas», se lanzaba cual una leona sobre el «padre cruel», hallando siempre el angelito en la discretisima prudente madre el apoyo necesario.... para salir un holgazan mal educado.

Por allí viene Felipe: supongo no le conoces. Es hijo de un sastre que juzgandole, como generalmente juzgan los padres á sus hijos, un muchacho de gran talento, aunque no lo tenia sino muy mediano, creyó que para él era la tijera indigna ocupacion y, al sacarle de la escuela, le puso á estudiar en el Instituto; como era consiguiente, el niño se metió á señorito, principió á mirar con desprecio las agujas y el taller, y al concluir el bachillerato trabajosamente, se ha encontrado con mortal aversion á todo trabajo manual y con que no puede seguir una carrera literaria por falta de medios. No teniendo en que ocuparse pasea, recorre los cafes, los círculos, las calles &c. y aprende cosas que debiera ignorar siempre. Dejemosle pasar y tengámosle lástima,

Handwritten notes:
 Hacia el
 1911
 adentro

lamentando la ceguera de su padre que pudo hacerle un honrado menestral, útil á sí y á sus semejantes, en vez de un parásito incapaz de ganar honradamente la subsistencia.

—A Dios, Tomás:—¿qué quieres?—Rogar á V. que me preste dos reales para dar un bocado de pan á mi familia.—Bien hombre, tómalos: pero dime ¿por qué no trabajas en tu oficio?—Pues ¿no sabe V. que me lo dejé hace ya tiempo?—Sí, ya sé que lo dejaste por tomar el empleo de celador de consumos; pero ahora que estás cesante.....—Sí, señor, que estoy cesante, mas el maestro zapatero con quien yo trabajaba tomó nuevo oficial y ya no tengo allí colocacion: además que D. Policarpo, mi protector, mandará pronto y me dará un buen empleo.

Este desdichado pasa los dias y los meses ocupado... en esperar y soñar cambios de gobierno. Pertenece á la clase de vagos inventada por eso que llaman política, clase numerosísima y tan epidémica, que, sino se le aplica pronto y eficaz antídoto, acabará por no dejar un español sano de la enfermedad.

Bien quisiera yo, querido lector, seguir ocupandome de este asunto en que tanto queda por decir; mas te supongo cansado y yo tambien lo estoy, por lo cual voy á dejarlo, terminando con una reflexión. Como habrás notado por los bosquejos precedentes, el vago no nace, sino que se hace: es decir que lo hace la educacion; por consiguiente, si queremos librar á la sociedad de aquella polilla, es menester que eduquemos muy bien á nuestros hijos.

A. ISAAC DEL CASTILLO.



Aproximandose la época del Certámen que proyecta celebrar la Sociedad Económica lorquina de Amigos del País y terminando el 8 del mes de Diciembre el plazo de admision de los trabajos, lo recordamos á las muchas personas, que sabemos piensan acudir á este solemne concurso, para que puedan hacerlo en el tiempo debido. Dirigimos igualmente nuestra patriótica escitacion á todos los amantes de la cultura de nuestro país, que comprenden la importancia y trascendencia de esta clase de Certámenes, para que concurren con sus trabajos a realizar con el esplendor posible el noble propósito que anima á la Sociedad Económica de Lorca, que procura por todos los medios cumplir su elevada y utilísima mision. En el próximo número con más espacio dedicaremos nuestra atencion á este importante asunto.

Los trabajos que hayan de presentarse se dirigirán á la Secretaría general de dicha Sociedad, Aguila, 14.—Lorca.